



Teoría estética de un taquero

■ IÑIGO URRUTIA

Una historia introductoria redonda impulsa la lectura de esta narración en la que Juan Pablo Villalobos consolida una prosa con un profundo sentido del humor, a veces grotesco, otras sutil, surrealista... siempre ingenioso. Mateo, el narrador de 'Te vendo un perro', frisa la ochentena. Su currículo comprende una carrera artística que no alcanzó ni a brote verde y una aquilatada trayectoria como vendedor de tacos sin denominación de origen. Ahora dosifica las cervezas para calcular el tiempo de vida que le queda, estimado en pesos. Y también para mantener vivas sus expectativas de acoso y derribo sexual. Ahí sus aspiraciones son insultantemente juveniles. Una vecina, Francesca, la presidenta de la comunidad de vecinos, le tiene en ascuas, pero ella sólo le urge por su talento literario. También le pone Juliette, una verdulera (de mercado) con impulsos, pero solo revolucionarios. Con esos sexos imposibles porfia mientras blande la 'teoría es-

tética', del frankfurtiano Adorno para defenderse del mundo y de los otros, que no son cosas menores en un espacio como el mexicano.

Mateo es también el heterodoxo de una tertulia de gentes propectas que viven en un edificio con zaguán y que idolatran 'Palínuro de México' (Fernando del Paso). Sus dimes y directes compartirán escenario con el mormón Willem, Mao, supuesto clandestino de la facción maoísta Sendero Luminoso, y la promisoría Dorotea. Las microguerras y el absurdo se entremezclan con saltos temporales en los que Teo trae la historia familiar y la de un país que presiente resquebrajarse el suelo patrio, por donde se enseñorean las cucarachas, que huyen de la trova cubana. Y vagan los chuchos callejeros, como carne de cañón de la codicia y, a la vez, reivindicación de «los olvidados, de los desaparecidos, de los malditos...».

